

Aquel era un sitio apartado. Tong, que así se llamaba el lugar, era una aldea de diez casas y una taberna donde los forasteros no abundaban demasiado. De hecho, ese era el encanto del lugar, tranquilo, apacible y aislado completamente del mundo civilizado.

Como cualquier otra noche de verano, el canto de los grillos y el olor del bosque llenaban la atmósfera. El ambiente estaba fresco, pero con la temperatura ideal para sentarse en el porche, balancearse en una cómoda mecedora, fumar en pipa y pensar. Y eso es lo que normalmente haría la gente de Tong cualquier otro día. Sin embargo, esa noche era distinta. Algo había roto su calma y por eso nadie fumaba, ni se balanceaba, ni pensaba en sus cosas. Todo el mundo estaba en la Taberna de Barlan, cuchicheando, con la típica expresión de desconfianza.

La taberna, que era mucho nombre para el sitio, puesto que por medidas no llegaba ni al nivel de puesto ambulante, era un local muy pequeño, de apenas capacidad para treinta personas. Eso sí, como todo bar, tasca o posada, olía a vino rancio y a comida más rancia todavía. Una gruesa capa de comida, vino, mugre y su serrín correspondiente, conseguida con esfuerzo a través de muchos años, cubría el antaño reluciente suelo de madera. La misma costra cubría las mesas y taburetes, por supuesto, dando al sitio un aspecto peculiar. Generalmente el ambiente estaba tranquilo. Lo más emocionante tal vez, era cuando para matar el rato, había alguna que otra pelea entre los clientes más asiduos, quienes trataban de ver quién era capaz de romper algo usando como herramienta la cabeza o la espalda del borracho de al lado. Esta especie de deporte local se practicaba casi todos los días, y hasta ahora lo único que habían conseguido era romper el brazo y dos dientes del viejo Gorla, el herrero del pueblo, aficionado al vino y a abrir la boca más de la cuenta.

Pero aquella noche no habría jaleo. Al menos entre ellos. Les llamaba más la atención el grupo de ocho viajeros que habían ido apareciendo en la aldea a lo largo del día, y que ahora estaban allí sentados, como esperando alguna cosa. Tenían un aspecto muy extraño.

Primero habían visto a un joven muy apuesto, de pelo largo y rubio, como recién peinado y vestido con un impecable traje oriental. Sus exquisitos andares y su embriagadora fragancia cautivaban a hombres y mujeres por igual. Era un aroma a rosas, que junto con la visión de su kimono blanco decorado con flores de almendro, transportaban a todo aquel que estaba a su lado, como por arte de magia, a la primavera más agradable de toda su vida, curiosamente, a aquella en la que los jóvenes adolescentes descubren por primera vez lo que es el amor. De hecho, todo el que se detuviera más de dos segundos a su lado, creería que Sorai es esa persona especial de sus recuerdos, la que no se ha podido olvidar pese a los años que han pasado.

Más tarde, pero casi al mismo tiempo, llegaron dos mujeres, por un lado una bella morena de rasgos finos, con una coleta larguísima y una especie de hábito color blanco impoluto, sin adornos. Portaba un pequeño petate con lo justo para sobrevivir sin problemas durante un viaje. Sin duda era una sacerdotisa, pero había algo distinto en ella. Bajo la túnica, se intuía un cuerpo delgado pero musculoso, más propio de una guerrera que de un servidor, y sin embargo, no portaba ningún arma. Esto hacía que al verla, los posibles adversarios pensasen que escondía más de un as bajo la manga.

La segunda sin embargo, era también morena, pero con el pelo suelto hasta la cintura. Sus rasgos eran felinos y vestía otro hábito, éste de color rojo, que dejaba muy poco a la imaginación. Como equipaje, una bolsa de cuero colgaba de su hombro izquierdo apoyándose en el lado derecho de su cadera. Pero casi más que su voluptuoso y extremadamente sexual cuerpo, lo que más llamaba la atención eran sus ojos. Dos enormes esferas verdes que podían iluminar el camino en una noche de luna nueva. Literalmente. Como si una gata salvaje hubiera evolucionado hasta

conseguir una forma humana. Por su parte, tampoco portaba ningún arma, pero no le haría falta. Si algún rufián intentara hacerle daño, sólo con una mirada quedaría inmediatamente derrotado y a sus pies. Eso fue lo que le pasó a más de uno cuando cruzaba la aldea, y por eso más de dos se llevaron el correspondiente coscorrón por parte de su esposa.

Casi al mediodía, un extraño individuo entró en el pueblo. Era muy alto, escuálido y con la espalda encorvada. Desnudo de cintura para arriba, sólo iba vestido con unos pantalones bombachos y unas alpargatas de tela. No portaba ningún equipo ni mochila para el viaje. Se apoyaba en su naginata al andar y llevaba la cara pintada de blanco con los labios color rojo pasión. Uno de sus ojos también estaba decorado con una especie de dibujo tribal que le cubría casi todo el lado derecho de la cara. Pero lo que acaparaba todas las miradas fue el tatuaje que lucía en el estómago, ya que si lo mirásemos junto con su cinturón, parecía tener una enorme boca llena de afilados dientes.

Poco después, llegó un hombre encapuchado con anchos pantalones de color negro, que parecía huir de alguien. Viajaba con una camiseta sin mangas completamente ajustada al torso, luciendo una más que entrenada musculatura e infinidad de horribles cicatrices. Como si temiera que lo estuvieran siguiendo, miraba a su espalda prácticamente a cada paso con sus pesadas botas. Dos cilindros metálicos de puro acero, sin cierres ni cerraduras, como forjadas sobre los mismos pies. Un peso que tendría que arrastrar para siempre. Para colmo de males, portaba lo que parecía una pesadísima mochila de la que sobresalía por arriba y por abajo un extraño bastón. En el extremo superior, una afilada cuchilla curva se unía a la madera en un lateral a través de un complicado sistema de giro. En el lado contrario, un arpón de tres puntas que podría servir perfectamente para pescar tiburones blancos. No era una imagen muy tranquilizadora para los habitantes de la pequeña aldea y durante un buen rato sólo podían pensar que papel le tocaría a ese hombre en el mundo, víctima o verdugo.

Ya por la tarde, llegaron otros dos, uno vestido con ropa ancha de viaje y un sombrero de paja que le cubría media cara. Sin embargo, por la manera de actuar, y el hecho de que andaba apoyado en un largo bastón de madera adornado con dos eslabones dorados, uno en cada extremo, se diría que era ciego. Sin embargo, andaba sin vacilar, no iba a tientas y era capaz de esquivar perfectamente cualquier obstáculo que se interpusiera en su camino. Por supuesto, a su espalda llevaba un buen equipo de viaje, con cuerdas, saco de dormir, etc. Daba la impresión de que estaba más que acostumbrado a la vida en el camino.

El segundo era algo más misterioso. Una túnica negra cubría casi todo su cuerpo, y su rostro parecía pálido, casi enfermizo, como si la vida se hubiese escapado de su cuerpo hace mucho tiempo. Su mirada vacía denotaba una evidente carencia de cualquier tipo de sentimientos. Llevaba un ligero equipaje, claro que por su constitución, débil en apariencia, nadie diría que pudiese con algo más de peso.

Ya por la noche, todos los forasteros que durante el día habían ido desfilando por la aldea, estaban juntos en la misma mesa, pero con ellos había otro personaje. Este vestía de azul, una especie de uniforme militar, y una máscara de diablo ocultaba su rostro. A su espalda una katana de color negro y un pequeño saco de rejilla con lo imprescindible para el viaje. Pero lo que más llamaba la atención de él, era que nadie le había visto llegar. De hecho, si preguntásemos a los borrachos que prácticamente vivían allí, contestarían “¡Ah! Pero ¿no ha estado ahí siempre? Yo juraría que sí”, y lo dirían de todo corazón. De todas formas, esa sensación no hacía que fuese menos sospechoso que los demás. Ni mucho menos.

Barlan, el tabernero, era un hombre de aspecto afable y bonachón, con la barriga reglamentaria de posadero y un mostacho que le cubría media cara. Su ropa llena de

mugre y sudor evidenciaba su dedicación a la hostelería a tiempo completo. Todos le tenían un gran aprecio, y sabían que era alguien dispuesto siempre a echar una mano a quien lo necesitase. De hecho, ya había ayudado a más de uno a llegar a su casa tras una noche de excesos con el aguardiente. Pero ese día andaba inquieto, porque no le gustaban nada los forasteros, y menos aún aquellos que se atrevían a entrar en su bar. No obstante, se acercó a la mesa del grupo, como buen profesional de la barra, y con la mayor educación que pudo fingir preguntó:

- ¿Van a tomar algo o no? Lo digo porque yo vivo de servir bebida, no de ofrecer asientos gratis a los viajeros.

De pronto la taberna quedó en silencio, con un suspiro en el aire, como esperando la respuesta de los forasteros. Parecía que se había parado el tiempo. Todos miraron sorprendidos al barrigudo tabernero con cara de “¿me lo está preguntando a mí?”.

- Eeeh... Sí, sí. Perdónenos. Sirva unas copas de vino y algo de cenar por favor.- Respondió la hermosa joven de la túnica color perla.

- Sí señorita. ¡Marchando unas copas de vino y una cena para ocho! - Replicó él con aparente alegría, mientras de pronto, el mundo volvía a moverse y la gente continuaba con sus cuchicheos.

Pocos minutos después ya les habían servido una jarra de vino tinto con ocho copas y una fuente de riquísimo asado de ternera con patatas. La combinación de numerosas especias podría saciar el hambre con sólo olerlas. Y es que el asado de Barlan era el mejor en muchas millas a la redonda. Tanto, que se comentaba que el mismísimo Emperador había pedido que el posadero fuera a su inmenso palacio para poder degustarlo. Así que la respuesta de los viajeros no se hizo esperar y todos se lanzaron al ataque como perros hambrientos a por un delicioso conejo vivo.

- Vaya. Por lo menos la comida es mejor que sus modales.- Dijo el chico de pelo rubio mientras degustaba finamente un trozo de jugosa carne.

- Desde luego.- Secundó la muchacha que había pedido la cena.

- De todas formas, en algo tiene razón.

- ¿A qué te refieres?

- Verás preciosa, hemos viajado hasta aquí y ni siquiera sabemos para qué. Creo que no me he ido todavía por pura curiosidad. Por cierto, no nos hemos presentado formalmente ¿verdad? Mi nombre es Sorai. Y vengo de Mitsa, junto al bosque Biyou.- Dijo con una leve inclinación de cabeza y una sugerente sonrisa.

- Entonces que te ha impulsado a venir.

- Si te soy sincero, no lo sé. Hace unos días, estaba en una magnífica casa en la ciudad, con una inmejorable compañía, disfrutando de los placeres de la vida, cuando de pronto, en la penumbra del cuarto, descubrí que un joven nos observaba desde el balcón. Tenía el cabello largo y negro, un rostro delicado y vestía una túnica preciosa de color blanco, de hecho, muy parecida a la tuya. Era una imagen angelical. Pero estaba violando nuestro momento de intimidad y se merecía un castigo. Así que me levanté y salí al balcón lo más rápido que pude. Pero allí no había nadie. Tan sólo esta carta - sacó un rollo de pergamino y lo puso sobre la mesa -, que me citaba en este lugar. Solamente quería saber quién era aquel muchacho.

Sorai era de esa clase de hombres irresistibles cuyo rubio cabello y sus exquisitos trajes dejan su imagen impresa en la mente de todos. Sus rasgos finos pero a la vez varoniles le conferían una belleza digna de los mismísimos dioses. Era tan bello que casi parecía imposible distinguir a simple vista si era hombre o mujer, lo cual le daba un aspecto ambiguo que él sabía perfectamente como explotar, haciendo que todo el

mundo cayese rendido a sus pies, y sacando un suculento beneficio económico de ello.

- Pero como ya he dicho... – Continuó. - ...creo que no nos han presentado.- Concluyó con un ademán que invitaba sin lugar a dudas a la respuesta inmediata.

- Mi nombre es Kitezze y soy sacerdotisa en el templo de Si-yanue en la ciudad de Arián. Mi historia es algo más inusual. Yo era la elegida de entre todas las posibles candidatas a ofrecirme en sacrificio a nuestro Dios. Todo iba bien, pero cuando el que el sumo sacerdote iba a entregar mi sangre y mi vida a nuestro Dios, una luz cegadora inundó todo. Desperté. Todo el lugar estaba vacío, sólo yo quedaba en el templo. A mi lado, una carta como la tuya me indicaba este lugar. Por eso vine, creo que nuestro Señor tenía otros planes para mí. Si su voluntad es que venga aquí, así será.

- Interesante. ¿Y los demás?

Sorai paseó la mirada por todos sus acompañantes, deteniéndose en la preciosa muchacha de rasgos felinos que se sentaba al lado de Kitezze. La joven le miró por un momento y frunciendo el ceño apartó sus enormes ojos verdes de los de él. Sin embargo era muy consciente del examen al que estaba siendo sometida, pues el chico contemplaba con interés todo lo que su escasa vestimenta de color rojo era incapaz de cubrir. De pronto, alguien habló:

- Yo soy Se-Wei Lo.- Dijo quien se sentaba a la derecha de Sorai, el hombre del sombrero de paja. Y vengo de un pequeño templo del noroeste. En mi caso, yo estaba en mi celda, rezando, cuando un potente viento cruzó el cuarto y me derribó. Al levantarme, vi una luz. No me habló, pero no hizo falta. Yo sabía que era Si-yanue en persona. En ese momento desapareció... y con él se llevó mis ojos.

Dicho esto levantó su sombrero y todos pudieron verlos, blancos por completo, sin iris ni pupila, como dos esferas de nácar dentro de las cuencas.

- Lo único que pude encontrar fue este pergamino. En él se me cita en esta taberna. Sólo quiero saber por qué mi Dios quiso arrebatarme la vista para después enviarme aquí.

- Creo que eso es lo que todos pretendemos averiguar – comentó el extraño sacerdote de piel pálida. - Mi nombre es Kodron y vengo desde Mintao. En cuanto a mi historia, no importa. Sin embargo, por lo que estoy escuchando, todos sois fervientes adoradores de Si-yanue, por lo cual todavía no entiendo porque se me ha escogido a mí para esto, cuando no soy precisamente un seguidor de vuestro Dios.

Todos se fijaron en él, percatándose de que sus ojos no eran normales. Parecían pozos negros, como dos agujeros en la cara por los que podías asomarte a una zona de vacío absoluto. Su túnica, también de color negro, parecía estar decorada con una foto del cielo estrellado. Sin embargo, podría decirse que las estrellas de su traje se movían continuamente, como si tuvieran vida propia. No obstante, todos llegaron a la misma conclusión, ese hombre tenía razón, no encajaba en el grupo, ni siquiera era seguidor de Si-yanue, lo cual parecía una constante en todos ellos. Incluso pensaron que podría ser un adorador de un diablo o que practicaba algún tipo de magia negra y antigua. Había algo oscuro en él, eso estaba claro.

- Veo que somos un grupo de lo más variado, pero aún nos queda por conocer quiénes son el resto de nuestros amigos. – Insistió Sorai.

- No creo que sea necesario conocer la historia de cada uno. - Comentó el hombre de la lanza y el tatuaje en el estómago. Está claro que todos hemos sido convocados aquí por alguien, pero por quién y para qué es lo que necesitamos averiguar, no los motivos personales que han traído aquí a cada cual.

- Aún así, permíteme que insista en saber vuestros nombres. No me gusta compartir mi mesa ni mis asuntos con absolutos desconocidos.

- Mi nombre es Shun Tachibana.

- Gracias. Vuelvo a insistir, ¿y los demás? – Volvió a mirar cada uno de los rostros mientras le contestaban.

- Terroll Kempo – Dijo el encapuchado.

- Yarami – Comentó la joven felina con una expresión de completo desagrado, lo que provocó una sonrisa pícara en el bello rostro de Sorai.

Pero al llegar al último de los reunidos, el enmascarado con uniforme probablemente militar, éste se limitó a mirarle fijamente a los ojos, como intentando entrar en su cabeza y saber cuáles eran las verdaderas intenciones del apuesto joven. Por fin, tras unos largos instantes respondió:

- Benisato.

- Bueno, pues ya estamos todos. – Dijo dando una alegre palmada.

En ese momento hizo su aparición en el comedor, con un tremendo portazo, un gigante de dos metros y unos ciento ochenta kilos. Por su aspecto sucio y lleno de polvo, se diría que llevaba todo el día trabajando en el campo, o en una mina, sólo que por allí no había un solo huerto, al menos en unos diez kilómetros a la redonda, y mucho menos ninguna mina, lo cual dejaba bastante evidente que su aspecto se debía más al abandono personal que al duro trabajo de un labrador o de un minero.

Nada más entrar, el resto de asiduos del bar comenzaron a apartarse y a dirigir miradas desde el gigante a los forasteros y viceversa. Y la tensión se hizo más palpable cuando detrás de él entraron sus amigos. Ocho tipos no menos sucios que el primero que iban mirando a todos lados con aire desafiante. Andaban entre sonoras y falsas carcajadas, dando empujones de “complicidad” a todo aquel que estaba a su lado. Hasta que uno de ellos vio al grupo y con un codazo, avisó a otro y éste al resto con un silbido. En cuanto Roiak, que así se llamaba el grandullón, les puso los ojos encima soltó una sonora carcajada de triunfo. Estaba claro. Ya tenían diversión para esa noche. Nada menos que un grupo de forasteros, y acompañados de dos preciosas mujeres. Esa era su noche de suerte. Pelea y sexo, la combinación perfecta.

En tres zancadas cruzó el local, metió su cabezota entre Sorai y Kiteze y comenzó a olisquear.

- ¿No lo oléis muchachos? – Dijo dando gritos. - Creo que podría oler el miedo de estos pringados desde los confines de Quiúnéi. ¡MMM! Y el deseo de estas maravillosas jovencitas. Yo creo que nos lo vamos a pasar bien esta noche ¡Ja, ja, ja!

Su olor a sudor rancio y los perdigones de saliva que escapaban, junto con su fétido aliento al hablar, provocaron más de una arcada en el forastero grupo. El resto de su jauría reía entre dientes, como hienas hambrientas a punto de saltar sobre un cachorro de león indefenso.

- Ya basta Roiak. – Ordenó el posadero. - Sabes que tú y tus...amigos, no podéis entrar en mi taberna. No quiero líos.

- ¡OH! ¡Vamos Barlan! Sólo queremos pasar un rato agradable en compañía de nuestros vecinos y de paso, demostrar nuestra más grande hospitalidad a estos forasteros. ¿Qué tiene eso de malo? – Respondió con un gesto de falsa indignación sin apartar la vista de Yarami y, más concretamente, de su impresionante escote.

- Roiak, por favor, marchaos inmediatamente. – El tono de Barlan era amable pero firme y no invitaba precisamente a discutir.

- ¿Sabes qué? Antes eras mucho más amable con la gente.

- Roiak...

- ¡Déjame en paz! Me vas a borrar el nombre. Hemos venido a divertirnos y ni tú ni nadie nos va a aguar la fiesta. ¡Hola! ¿cómo te llamas preciosa? – Dijo mientras abrazaba a Yarami mostrándole su más que mugrienta dentadura.

Antes de que nadie pudiera reaccionar, la muchacha se había revuelto. Con un rápido movimiento retorció la mano del coloso y con ella el brazo y el resto del cuerpo, estampándole la cara contra la mesa y dejándole en una postura un poco humillante.

- Si vuelves a intentar tocarme otra vez, o vuelvo a notar tu pestilente aliento cerca de mi cara te sacaré las tripas con mis propias manos. – Prometió la guerrera al oído de Roiak pero en un tono perfectamente audible para cualquiera que estuviera en el bar.

El resto no daba crédito a sus ojos. Cómo podía ser que una frágil mujer pudiera reducir tan fácilmente a un monstruo como Roiak, capaz de partir de un puñetazo un pino de unos treinta años de edad. Lo cual no era exagerado, sino literal, ya que el verano anterior, durante una pelea con Barlan, Roiak, que había puesto todo su empeño en un golpe definitivo contra el posadero, falló, dando un tremendo puñetazo al árbol que había detrás y tronchándolo como si estuviera hecho de papel. Sin embargo allí estaba, tumbado sobre una mesa y llorando de dolor, mientras la “frágil” chica le hacía su advertencia. Instantes después le soltó bruscamente. Roiak, completamente avergonzado y con más dolor en su orgullo que en el brazo, miró con ira a la mujer que acababa de vencerlo y se dirigió a la puerta.

- Vámonos de aquí. – Dijo a sus sorprendidos colegas.

Salieron de allí sin molestarse en cerrar la puerta siquiera ante la atenta mirada de todos los que habían presenciado el incidente. Yarami se sentó lentamente tras asegurarse de que no aparecía de nuevo por el umbral, consciente de que todo el mundo la observaba. De hecho, hubiera jurado que el resto de Quiúnéi había parado su actividad en ese mismo instante para observarla. Y eso le hacía sentir tremendamente incómoda. Sobre todo la mirada cada vez más lasciva y penetrante que Sorai le dirigía.

- Esa advertencia también va por ti. – dijo en sincera amenaza. Pero lo único que sacó de aquello fue una cálida sonrisa por parte del joven.

Barlan se acercó a la puerta para cerrarla lentamente. Después fue hasta la mesa de los forasteros.

- Por norma general no me gustan los viajeros. – Dijo con total sinceridad. - Pero gracias a ti, ese energúmeno no ha causado ningún problema aquí esta noche. Le está bien empleado por fanfarrón. Sólo puedo darte las gracias e invitaros a todos a la cena. De todas formas, andaos con cuidado. Roiak no es de los que olvidan algo así con facilidad y mucho menos viniendo de una mujer. Intentará ajustar las cuentas como sea y no hará miramientos. Aunque sea ella quien le ha vencido, se vengará de todos vosotros por sentaros a su mesa. Es un tipo realmente peligroso.

- Gracias por la cena y por el consejo. – Dijo inesperadamente Se-Wei Lo. - Creo que sabremos como arreglárnoslas.

El resto de la cena, estuvieron comentando el pergamino y su posible significado. Parecía que el incidente con Roiak había despertado en ellos un pequeño sentimiento de grupo. O tal vez fuese la advertencia de Barlan. Si todos corrían peligro, mejor sería que estuvieran juntos. Un grupo siempre tiene más posibilidades que un individuo aislado. Al final llegaron a la conclusión de que lo mejor sería ir al templo de Si-yanue más cercano. Algo tendrían que poder averiguar en él. Por ello esperaron a que todo

el mundo se hubiese marchado y cuando se quedaron a solas con Barlan, le llamaron a su mesa. Él estaba muy cansado pero su profesionalidad era intachable, por lo que antes de sugerir amistosamente que se marcharan a descansar, decidió atenderles una última vez. Kitezze fue la encargada de hacer la primera pregunta.

- Perdona que le hagamos cerrar más tarde de la cuenta pero necesitamos una pequeña información.

- Ya me lo imaginaba. No se preocupen por la hora.

- Nos gustaría saber si hay algún templo de Si-yanue por la zona. No consta ninguno en los archivos de mi templo.

- No hay ningún templo por aquí.

- ¿Ninguno? – Preguntó Sorai.

- No.

- ¿No tienen ningún templo o lugar de culto para Si-yanue o cualquier otra deidad aquí? – Pregunto sorprendido Kodron.

- No, no. De verdad. No hay templo alguno por los alrededores.

- Verá, alguien nos ha citado en su taberna, pero ninguno sabemos el motivo de la elección de este lugar. – Volvió a comentar Kitezze.

- ¿En mi taberna?

- Eso parece. – Contestó Kitezze al tiempo que sacaba el pergamino y se lo tendía a Barlan. Éste lo abrió y comenzó a leerlo detenidamente.

- No lo entiendo, quién podría...un momento.

De repente su expresión cambió por completo. Enrolló el pergamino lentamente e hizo encajar el sello lacrado que habían roto para poder leerlo. En él había un símbolo, una esfera partida en dos por una doble onda. Barlan estuvo mirándolo unos instantes, como intentando recordar de que conocía ese sello.

- ¿Qué ocurre? - Preguntó secamente Terroll, el hombre encapuchado.

- Conozco este símbolo, lo he visto antes. Pero hace muchos años. Cuando yo era un niño.

- ¿Recuerdas dónde? - Apremió Shun.

- Creo que al noreste. A unos siete kilómetros adentrándose en el bosque. Cuando éramos pequeños, Roiak, los muchachos y yo íbamos a veces a jugar a los guerreros a esa zona del bosque.

En los ojos del enorme posadero se podía ver reflejadas la nostalgia y la pena al recordar aquellos tiempos en los que no había problemas. En un instante, se vio transportado treinta años en el pasado, jugando con su amigo Roiak, aquel alegre muchacho. Recordó lo inseparables que eran, la complicidad amistosa que existía entre ellos. Sin embargo fueron creciendo y cuando la Gran Guerra estalló, Barlan se quedó en su aldea para ayudar a su familia mientras su padre marchaba al frente. Pero Roiak también se alistó y cuando por fin regresó, diez años más tarde, ya no era el mismo. Se había convertido en el borracho que era ahora. Durante mucho tiempo, Barlan intentó recuperar a su amigo, pero lo único que conseguía eran palabras de desprecio, e incluso algún que otro puñetazo. Por eso se habían peleado la última vez. El verano anterior, durante una pequeña celebración local, Roiak había aparecido con sus nuevos “amigos” armando jaleo y buscando pelea. Barlan intentó hablar con él, pero sólo recibió por respuesta un sonoro bofetón en la cara. Aquello fue la gota que colma el vaso. Durante años había intentado que las cosas fueran como al principio.

Cuando recibía el desprecio y los golpes de Roiak, siempre se decía a sí mismo que todo era culpa de la guerra. No quería ni imaginarse los horrores que su amigo había visto durante los diez años que estuvo fuera. Aquello tenía que hacer cambiar el corazón de un hombre. Por eso siempre intentó ser comprensivo. Pero el último golpe fue como si de repente abriese la puerta a una bestia enjaulada y muerta de hambre. La rabia le corría por las venas. No quería golpear a su amigo, pero sí destrozar al monstruo que se lo había llevado para siempre y había dejado allí a ese ser despreciable. Fue por eso por lo que ante la atónita mirada de toda la aldea, se lanzó al ataque propinando un sonoro puñetazo a Roiak en la nariz lanzándolo hacia atrás. Un golpe capaz de dejar KO a un caballo. Pero aquel no era un rival cualquiera. Era Roiak, una bestia de casi doscientos kilos, tan grande como él y acostumbrada a pelear, por lo que su respuesta no se hizo esperar. Se levantó de un salto y arremetió contra Barlan. Ambos se enzarzaron en un intercambio de poderosos golpes, hasta que Roiak, fuera de sí, con un grito demencial, lanzó un último y definitivo puñetazo contra Barlan. Por suerte, éste lo vio a tiempo para agacharse. El golpe se descargó por completo contra el pino que tenía detrás provocando que el árbol, de unos cincuenta centímetros de diámetro se tronchara por la mitad de su tronco. En ese mismo instante acabó la pelea. Barlan desde el suelo, miraba completamente aterrado a su antiguo amigo, un amigo que lo habría matado con ese golpe de no haberlo esquivado. Pero cuando Roiak le devolvió la mirada, advirtió que no había ira ni desprecio en ella, sino decepción, una profunda decepción. Barlan notó como si lo que su oponente esperaba de verdad era que él le venciera. Entonces comprendió todo. Durante todo ese tiempo, Roiak le había estado provocando, quería probar que su amigo, pese a no querer ir con él a la guerra, no era un cobarde, que seguía siendo igual que aquel niño con el que jugaba a los guerreros. Sin embargo, le había fallado. Barlan notaba que había perdido la última oportunidad de recuperar a su amigo. Y solamente tenía que haberlo vencido, así de simple. Pero no lo había conseguido y se culparía de ello durante toda su vida. Le había fallado.

- ¡¡Barlan!! – La voz de Kodron le sacó de sus pensamientos de repente, dando un respingo en el proceso. – ¿Puedes decirnos dónde está ese lugar?

- Sí, claro que sí. Os llevaré mañana por la mañana. Pero ahora será mejor que descansemos un poco. Ha sido un largo día. Podéis quedaros aquí esta noche si queréis. Arriba hay camas suficientes para todos. Os despertaré al alba. Buenas noches.

Todos vieron como el posadero se alejaba cabizbajo, como consumido por sus propios demonios. Pero eso no hacía más que fomentar la curiosidad del grupo sobre el lugar que visitarían por la mañana. Por ellos hubieran ido en ese mismo instante, pero Barlan tenía razón, había sido un día largo y agotador. Decidieron descansar.